

Resumen para el 3er encuentro del ciclo Especies de Espacios

Puentes, fronteras y nomonumentos

Ariel Barbieri, IIPPYG-UNRN

El embrión de esta idea surgió hace casi diez años, en diciembre del año 2012, luego de haber escuchado en una cena como un artista proyectaba sobre el monumento de J. A. Roca en San Carlos de Bariloche posibles acciones en el marco de un programa llamado In Situ.

Debería agregar que, además, en el contexto de ese enunciado, el puente fue la opción que eligió para poder pasar por sobre sus primeras conjeturas y así trascender sus explicaciones y las de aquellos que se ubicaban ahora en algunos de los extremos de ese artefacto estético. Además, que el puente que diseñó para pasar por sobre el monumento de Roca, fue el inicio de un tipo de vínculo con la comunidad y con el territorio que le permitió trascender la frontera y, sin saberlo, restituir de alguna manera un lugar con ese gesto, recuperar otra temporalidad y equilibrar nuevamente el centro cívico.

Ese comensal que estaba a mi lado era Tomás Espina y si bien no logró puentear la frontera de la sociedad en la cual se levanta aquel monumento abrió un lugar en un espacio que afectó de una u otra manera a aquellos que habitan ese territorio y, también, la posibilidad de poder preguntarnos qué es lo que recordamos, cómo lo hacemos y cuáles son los artefactos que occidente nos legó para establecer estos hitos que, como signos de puntuación, establecen los límites y alcances de la sintaxis urbana con la cual atribuimos valor a aquellos aspectos del mundo que consideramos significativos.

Un tiempo antes, también en Bariloche, había escuchado a Claudio Ongaro Haelterman en una charla, estableciendo un primer vínculo con él y, por intermedio de su palabra, con la obra de Rodolfo Kusch. Claudio Ongaro Haelterman, a partir de abrir distintos desarrollos que Rodolfo Kusch propone para poder pensar desde América, postula que una estética latinoamericana resulta del habitar un territorio, en tanto lo estético para los pueblos de América forma parte operativa de la vida. Así, más que obra lo que hay en América son operaciones que muestran como una forma es gravitada por un suelo. Una estética operatoria; una forma que hace obra en ese redescubrimiento del territorio.

Presentación del tema:

Heidegger en el contexto de la reconstrucción de las ciudades alemanas luego de la segunda guerra mundial, reflexiona acerca de la idea de construir. Y de cómo el construir tiene que ver con el habitar, de cómo el habitar tiene que ver con el construir. Y de cómo ambos se relacionan con el pensar. Sostiene que antes de planificar y levantar arquitecturas para viviendas, hay que proyectar domicilios para estar, hay que hacer sitio para un paraje en donde pueda habitar lo humano. Construir habitación. Decir el espacio, hacer un lugar.

La imagen que él propone para desarrollar una posible explicación de esta propuesta es el puente. El puente que hace sitio, que articula el espacio y lo configura.

De alguna manera, el puente que diseña Tomas Espina en 2012, se inscribe dentro de esta imagen explicativa y poética creada por Heidegger, en tanto es un lugar que cruza la frontera que divide Bariloche para proponer un encuentro con ese nuevo territorio que configura. Abre un hiato en el tiempo y el espacio, y permite un diálogo con lo que no sabemos pero que late en el suelo de aquellos que ahora se apropian de la obra y comparten su mirada desplegando una complejidad que antes solo era una intuición.

Porque antes de ser removido, el puente entró en diálogo con la cronología de esa ciudad, en donde distintos grupos que reclamaban por un trabajo digno en los levantamientos de fines del año 2012 en Bariloche, comenzaron a utilizarlo para colgar sus banderas de reclamos. Porque, en esos días en los cuales se levantaba el puente y los reclamos, Espina en una conversación con los manifestantes, encontró aquello que no buscaba: que la ubicación del puente, de este a oeste, permitía restituir el círculo sagrado de los pueblos mapuches. La geometría sagrada en ese lugar de disputa.

Por eso, en este sentido, esta obra (más allá o más acá del canon del arte contemporáneo) es un artefacto estético popular, un nomonumento, en tanto desarrolla una propuesta que recupera un modo de habitar que tiene que ver con el estar y que en su operar interpela al ser de la filosofía occidental con el cual se construye la línea divisoria de una historia continuista que excluye a las memorias y los discursos populares. Un artefacto que logra construir una nueva pantalla que nos permite resguardarnos de la ira y de la intemperie de este territorio a partir de volver a trazar el círculo sagrado. Un artefacto que nos permite resguardarnos de las conclusiones del ser y abrir las incertezas del estar: de ese movimiento del habitar que niega a los monumentos para lograr en ese estar proyectar diversos seres. Para dejar de ser y abrir el estar siendo. Ahí.